

POESIA POPULAR Y POESIA CULTA

ANTE LA EMANCIPACION COLOMBIANA (1781-1829)

La colaboración erudita que ha venido ilustrando esta sección cede hoy el paso a cuatro muestras poéticas, dos de ellas anónimas, nacidas de la entraña misma del pueblo; todas señalan momentos definitivos de la lucha por la independencia nacional. Al movimiento popular llamado de los comuneros pertenece la primera, *Avisos y quejas del Perú al Rey nuestro señor*, reflejo de la angustia económica de las clases populares. Manifiesta la segunda los sentimientos un tanto escépticos del pueblo por los sucesos políticos ocurridos en la Península en 1808 y 1809 con su secuencia en el Nuevo Reino de Granada de la instalación de una Junta Suprema, en la noche inolvidable del 20 al 21 de julio de 1810. La tercera, revelación literaria por la calidad de su autor y las circunstancias en que la compuso y, la última, fruto de la inspiración de un bardo payanés oculto bajo seudónimo, que supo impregnar sus páginas del hálito romántico del momento y el tono épico requerido por la interesante evocación histórica, en rendido homenaje a la gloria del Libertador.

La protesta de los comuneros que prendió vigorosa en la provincia del Socorro para comunicarse luego a casi todo el territorio virreinal, fue propicia para que el pueblo, acosado por los impuestos y vejado por los guardas reales, se uniese por vez primera en busca de su redención. La falta de imprentas y el ejercicio severo de la censura estimuló toda clase

de propaganda clandestina que circulaba manuscrita. Prefirieron sus autores la manera poética esgrimida como arma bien difícil de combatir y que, en el caso neogranadino, tuvo el privilegio de despertar el brioso ánimo con que labradores y menestrales se apresuraron a formar, hasta en número de 20.000, en las filas de los caudillos populares de 1781.

Así lo manifiestan documentos de la época y lo resume el autorizado historiador Pablo E. Cárdenas Acosta en su excelente obra *El movimiento comunal de 1781 en el Nuevo Reino de Granada (Reivindicaciones históricas)*, que acaba de aparecer ¹. “Por primera vez”, escribe, “en el tumulto del 16 de abril, fue leído en altas voces, en las calles y plazas del Socorro, un papelón sedicioso y denigrativo, en malos versos, enviado de Santa Fe, cuya lectura produjo delirio y frenesí patrióticos en los ánimos de los tumultuarios todos. Este papelón, pedestre y vulgar, que las autoridades peninsulares llamaban con propiedad *El pasquín*, y que los comuneros denominaban *Nuestra cédula*, *El superior despacho*, *La real cédula*, *La santísima gaceta*, poseía la rara virtud de predecir algunos de los sucesos que habrían de ocurrir luego, y de enardecer y levantar las pasiones y afectos del ánimo. ‘Esta cédula’, decía la carta remisoria, ‘ha de publicarse para alivio’. De ahí nació el nombre de ‘Nuestra cédula’, que le dieron los comuneros del Socorro en 1781. [...]”

“Este papelón, repetimos, fue hallado por primera vez en Santa Fe, en un poste, en el puente de San Francisco, a las dos y media de la mañana del siete de abril de mil setecientos ochenta y uno, por el guarda José García de Heras, natural del Reino de Galicia, y entregado el mismo día al Regente don Juan Gutiérrez de Piñeres, en persona”.

Bajo el título *Salud, Señor Regente*, el vate político anónimo, desenvuelve cuarenta y una octavas y una redondilla final que, lejos de fatigar con su chabacanería, penetró tan

¹ PABLO E. CÁRDENAS ACOSTA, *El movimiento comunal de 1781 en el Nuevo Reino de Granada (Reivindicaciones históricas)*, tomo I, (Biblioteca de Historia Nacional, volumen XCVI, Edición conmemorativa del Sesquicentenario de la Independencia nacional), Bogotá, Editorial Kelly, 1960, págs. 119, 120 y 121.

hondo en el alma popular y la mantuvo erguida hasta la hora de las capitulaciones firmadas en Zipaquirá. El citado historiador Cárdenas Acosta, publica por vez primera el texto íntegro, del que dio a conocer buena muestra el General Manuel Briceño en su libro *Los comuneros* ².

No fue *Nuestra cédula* la sola bandera de las reivindicaciones económicas. La precedió, o con ella alternó otra poesía anónima, de la cual, todavía en el año de 1814 se recordaban algunos versos, como los que cita el celebrado autor de las *Memorias sobre la revolución y sucesos de Santafé de Bogotá en el trastorno de la Nueva Granada y Venezuela*, precioso manuscrito del año de 1814 que se conservaba inédito en la biblioteca del doctor José Manuel Rivas Sacconi ³. "Comenzaron luego a manifestarlo (el disgusto popular por las inconsultas medidas económicas adoptadas) en los pasquines, y en uno de ellos expresaban las consecuencias que debía esperar, diciendo: La naranja, siempre amarga si se exprime demasiado, y el borrico recargado, siempre se echa con la carga" ⁴.

En ninguna otra obra colombiana sobre el tema de los comuneros hemos visto citado tan expresivo reclamo, preludeo de la tumultuaria revuelta. Tenemos la fortuna de poseer una hoja manuscrita de la época con el texto completo de trece décimas de la anunciada *Avisos y quejas*; pertenecen a la quinta los cuatro versos citados de memoria por el doctor José Antonio de Torres y Peña en sus *Memorias*.

En el habla popular propia del altiplano cundinamarqués, un desconocido coplero, con socarrona malicia, deja entender las inciertas esperanzas de lo que, para bien de la

² MANUEL BRICEÑO, *Los comuneros: Historia de la insurrección de 1781*, Bogotá, Imprenta de Silvestre y Compañía, 1880.

³ JOSÉ ANTONIO DE TORRES Y PEÑA, *Memorias sobre los orígenes de la Independencia nacional*, Transcripción del manuscrito, prólogo y notas de Guillermo Hernández de Alba, Ex-Presidente de la Academia y Cronista de la Ciudad de Bogotá, (Biblioteca de Historia Nacional, volumen XCII, Edición conmemorativa del Sesquicentenario de la Independencia de Colombia), Bogotá, Editorial Kelly, 1960.

⁴ *Ibidem*, pág. 66.

olvidada provincia, pudiera lograr la Junta Suprema del Nuevo Reino de Granada, ocupada en menesteres palaciegos. Muchos ojos y muchas manos debieron repasar la tira de papel que también conservamos en nuestra biblioteca. Casi diez décimas llenan, por ambas caras, los 39 centímetros de longitud que tiene el manoseado manuscrito, remedo de los viejos rollos o cédulas de los copleros populares de España, lectores callejeros de romances, entonados con monótono ritmo. Los octosílabos están rimados con las normas de la retórica, dejando entender que su autor poseía alguna cultura gramatical. Este género popular expresado en romances asonantados, en coplas, en jácaras y ensaladillas o en las socorridas décimas, fue bien aprovechado por escritores cultos durante los primeros años de vida republicana (1810-1816) y esgrimidos como jocosa y disolvente arma política, de eficacia similar a la caricatura de nuestros días. Célebres se hicieron en Santa Fe de Bogotá los seudónimos de El Duende Taquígrafo, Juan Guarneta y El Orejón, que se conservan en hojas impresas, curiosidades bibliográficas reseñadas en su mayor parte por el erudito historiador don Eduardo Posada (1862-1942), en sus dos tomos de *Bibliografía bogotana* (1917-1925).

Propias para evocar los dramáticos años de la Reconquista española (1815-1819) y la lucha de los libertadores por implantar la democracia en los años que siguieron al triunfo republicano de Boyacá, 7 de agosto de 1819, se ofrecen las dos poesías cultas. Vehemente y dolorida la que se atribuye al ilustre prócer eclesiástico el agustino bogotano Fray Diego Francisco Padilla (1754-1829), de tan calificadas letras divinas y humanas, de quien ignorábamos que hubiese cultivado la poesía, y con estro nada vulgar, como lo revela su valiente despedida de la patria en 1816, camino del destierro por sus servicios a la causa de la libertad. La casualidad llevó el manuscrito a manos de un patriota venezolano, al parecer caraqueño, quien los copió de su mano y los remitió en el mes de marzo de 1821 a un periódico desconocido con el buen propósito de darlos a la publicidad, lo que, cree-

mos, solamente tiene lugar ahora en las páginas de *Thesaurus*⁵.

De mayor aliento por su extensión y apreciable tono poético es la empresa de Marcelo, dedicada a su amigo Fileno, sobre la revolución de la provincia de Popayán. Corresponde al año de 1829 a juzgar por el tema histórico tratado. Ocupa 16 páginas de 14.5 centímetros por 18.5 centímetros, a razón de veinticinco renglones por página. El manuscrito forma los folios 616 a 623 del volumen XXVIII de la sección *Historia* del Archivo Histórico Nacional. Creemos que fue conservado por el político y literato doctor José Francisco Pereira, por hallarse entre borradores de sus propias poesías.

La importancia del poema, los aciertos líricos que lo esmaltan y más aún el fuerte sentido regional que lo caracteriza, testimonio de la presencia de una verdadera poesía nacional; la emoción ante el paisaje "del valle hermoso por donde corre el Cauca peregrino"; la evocación angustiada y patética de los sucesos bélicos fratricidas de que fueron testigo las "riberas deliciosas del Cauca cristalino", colofón de la nefanda noche septembrina de 1828, cuando sus bosques y collados vieron tremolar los pabellones rebeldes de dos coroneles de la Guerra Magna, López y Obando, que prefirieron la sedición y la secesión a continuar gobernados por la dictadura del Libertador-Presidente, todas estas circunstancias nos movieron a investigar por su autor, digno de memoria.

Repasamos las páginas del parnaso payanés de los días de la Independencia y los años gloriosos de la Colombia de Bolívar y tuvimos la suerte de encontrarnos con José María Grueso (1778-1835), el traductor de Harvey e imitador de

⁵ Debemos la noticia de la existencia de esta poesía al señor Archivero Nacional, doctor Enrique Ortega Ricaurte. Está escrita en cuartillas sin foliar de 15.5 cm. por 21 cm. a 22 renglones por cara. El documento forma parte del legajo "Curas y Obispos", papeles sin clasificar, del Archivo Histórico Nacional de Bogotá.

Young ⁶. Aquel peregrino cantor de *Las noches de Geusor*, el de *Lamentación de Pubén*, cultivador aventajado de las letras, cuya frialdad retórica y corto vuelo no pudieron vencer ni la melancolía de su espíritu, ni el delicado sentimiento que tantas veces revela quien ha merecido con justos títulos ser considerado como el iniciador del romanticismo en Suramérica.

Demoramos nuestro examen interno en la *Lamentación de Pubén*, el poema más conocido y celebrado del canónigo de la catedral de Popayán e hijo ilustre de tan preclara ciudad. Obra de madurez, compuesta en la ciudad de Quito en el año de 1820, cuando su autor contaba 42 años, contiene, por consiguiente, todos los elementos característicos de su concepción poética. Temática, métrica, entonación, adjetivación llegan a identificarse en *Lamentación* y en la *Pieza poética*. Uno mismo “el triste acento”, idéntica “congoja” agobia al versificador; menudean los “suspiros” de su “triste pecho”. Las mismas “tristes sombras sepulcrales”, del patriarca Payán en una, del bravo Cedeño en la otra, prorrumper en exclamaciones y en apóstrofes que arranca al poeta el mismo “llanto”. Aquí y allá queda estampada la hipersensibilidad de los románticos. En la *Lamentación* canta a la ciudad nativa en versos dignos de recuerdo y gratitud; glorifica en la *Pieza poética* a Bolívar, el Libertador, precisamente cuando su estrella luminosa caminaba hacia el ocaso. Transfigurado el antiguo corazón realista del poeta por la imponente grandeza del Padre de la Patria, su lira arranca trenos y proclama vivas “al que mantiene de Colombia el brillo” y quien “solo de mandar es digno”. La disensión del Sur, coincidente con la injusta guerra promovida por el Perú a Colombia, su libertadora, trueca suspiros y lágrimas en indignación patriótica que robustece el lenguaje, vibrante ahora de cólera y de sentimiento nacional.

Buena ocasión ésta, del Sesquicentenario de la Independencia nacional, para rescatar del olvido una importante

⁶ JOSÉ IGNACIO BUSTAMANTE, *Historia de la poesía en Popayán (1536-1939)*, Popayán, Talleres Editoriales del Departamento, 1939, págs. 30 y 99-108.

poesía de género histórico que acrecienta el haber literario del ilustre hijo de la ciudad de Popayán, el canónigo don José María Grueso que, si de corto vuelo lírico, su manera peculiar le califica de precursor o acaso introductor de la manera romántica en las letras hispanoamericanas ⁷.

GUILLERMO HERNÁNDEZ DE ALBA.

Instituto Caro y Cuervo.

I

AVISOS Y QUEJAS DEL PERU AL REY N[UEST]RO SEÑOR

Alerta, Carlos, alerta,
que en sueños tu grey enfermas.
No duermas, Carlos, no duermas.
Despierta, Carlos, despierta,
pues la obediencia está muerta.
Carlos, Señor, abandona
el letargo y reflexiona
que está robando un tirano
de tu poder soberano
lo mejor de la corona.

Unas Yndias, un Perú,
un nuevo florido mundo,
en oro y plata fecundo,
se lo lleva Bersebú.
Sólo, Señor, sólo tú
podrás contener el daño
que padece este rebaño
y el Real Erario padese,
si el ánimo desbanese
la posesión de un engaño.

Siempre siguen y an seguido
a la causa los efectos
y en adbitrios y en proietos

⁷ En la transcripción de las poesías que publicamos a continuación hemos conservado la ortografía original en cuanto al uso de las letras, pero hemos seguido el uso actual en cuanto a puntuación y acentos.

los más funestos an sido.
 Ya me veo, Señor, perdido
 por estancos y derechos,
 por aduanas y por pechos,
 que me ha ympuesto la violencia,
 errando con ymprudensia
 el cómo, el cuándo y los hechos.

El cómo, obrando sin ley;
 el cuándo, quando hay más hambre;
 los hechos, vertiendo sangre,
 y todo sin Dios y sin Rey.
 Buelbe, Señor, por tu grey,
 dando al comercio fomentos,
 a las minas, yncrimentos,
 y a las provinsias, ausilios,
 que con estos tres alibios
 logrará tu Erario aumentos.

La naranja, siempre amarga,
 si se exprime demasiado,
 y el vorrico recargado
 se echa luego con la carga,
 que a la corta, que a la larga,
 lo mismo me ha susedido,
 pues mirándome oprimido,
 con el amargo y el peso
 he cometido el exceso
 en que me veo sumergido.

Descubiertos e ynsurjentes
 cuenta el tirano sien mil
 con cañón, vala y fusil
 y otras armas diferentes;
 también varios accidentes
 me han dado a reconocer,
 que ocultos podrá tener
 en sombra de gran lealtad
 excedente cantidad
 que hase a los hombres temer.

Si se intenta una ventaja
 sobre su ruda malisia,
 se le dé luego notisia
 y los efectos ataja.
 Con dilixensias se enoja,

con su Cuerpo prevenido,
el qual es acometido
por el frente y por el flanco,
siendo de la rabia el blanco
y el negro por lo vendido.

Qué funestas consequencias
lloran, Señor, vuestras tierras,
de hambres, pestes, muertes, guerras,
con otras mil insidencias,
latrosinios y castigos,
ymfidencias y enemigos,
traisiones a sangre y fuego
sin reposo ni sosiego,
de padres, hijos, ni amigos.

Oruro se sublebo
en obsequio del tirano
y con ánimo ynumano
mucho sangre derramó.
El caudal que se robó
en este ymfelís accedio
es casi millón y medio,
del comersio y la Real Caja;
quien juega con tal varaja
ha de ganar sin remedio.

Con una yntestisia guerra
y en un tiempo tan sangriento
se aumenta un sinco por sientto
al género de la tierra.
No sé qué misterio ensierra
tan extraño proseder;
sin duda será querer
se lo lleve todo el Diablo,
pero, Señor, con vos ablo,
ya me puedes entender.

La pérdida del Erario
en estas sublebasiones
pasa de siete millones,
sin entrar en el sumario
el comersio y vesindario,
en minas abandonadas,
en haciendas arruinadas,

en dependencias causadas,
 en poblaciones destruidas
 y en probinsias desoladas.

Si virreyes y fiscales,
 si los acuerdos frecuentes
 proponen medios prudentes
 para cortar tantos males,
 se hasen reos criminales,
 sospechosos y traidores,
 y consiguen desonores,
 deposiciones, prejuicios
 por ynformes surreptisios
 de vuestros visitadores.

Los frasquitos de aguardiente,
 sigarritos de papel,
 de puro guarapo y miel,
 será caudal ecedente
 o tal ves equivalente
 a resarsir lo perdido.
 Nunca lo será, ni ha sido,
 Señor, acortar el daño,
 pues estás ya del engaño,
 como de todo, adbertido.

II

Compadre, Lásaro amigo,
 ¿cómo de biaje nos fue,
 qué nos dejó en Santafé?
 Cuéntenos todo, le digo.
 ¿Ya murió nuestro enemigo,
 aquel Señor Sapoleón,
 que a la Santa relijión
 a querido desbancar
 y poner en su lugar
 la Señora perdisión?

¿Qué disen de nobedades,
 qué nos disen de franseses?
 ¿Ya el diablo cargó mil veses
 con ellos y sus maldades?
 ¿Ya se allan sus Magestades
 en la Corte de Madrid?

¿O no a [a]cavado el candil
de prender o de jumiar?
Empiéenos a contar
mientras bien[e] mi alguasil.

¿Qué nos disen de gobierno
y de la S^a Junta?
¿Esta vive, o está difunta
o se la llevó ya un cuerno?
Porque aquí dijo mi hierno
que la s^a rejensia
todo lo bolbió pendensia
y que ella sola mandava;
pero que también se ablava
que se murió de impasiensia.

En fin, cuéntenos, compadre,
las cosas de Santafé.
No se tanto mire, que
se lo ruego por su padre
y los güesos de su madre,
porque aquí nada savemos
y por eso nos balemos
de busted qe. lo sabrá,
porque vino de acullá;
que atento lo escucharemos.

¡Ay! compadre Bernabel,
mal estamos en el día
y por eso no quería
que sonara el cascabel;
pero emos de echar la jiel
si no lo remedia Dios,
pues la cosa está ferós; /
porque el mundo está rebuelto
y también el Diabolo suelto
segando con una jos.

fol. vto.

La España ya se perdió
y gobierna Mala Parte;
el Diabolo que se lo ensarte.
Ya la junta se frunsió;
la rejensia peresió
no ase ya tan pocos meses;
todo se bolvió franseses

pisaverdes y tunantes.
Voto a chispas, voto alantes,
malaya el diablo mil veces.

Compadre, por lo que toca
a Santafé de Granada,
ésta se alla alborotada
lo mismo qe. una loca.
Quisiera callar mi voca,
pero me manda qe. diga,
mi Compadre, y él me obliga
que de todo dé rasón,
y así, con su permisión,
mi pronunsiasión prosiga.

Nada sé de lo de adentro,
pues como soy orejón,
no me dieron colasión
para ponerme en el sentro;
pero afuera, yo me encuentro
con mucha caballería,
que con grande bisarría
paseaban por esas calles
con qué gusto y alegría.

Allí ay barrios rejimientos
y soldados a millares.
Unos llaman auxiliares
con sus cabos y sargentos
y ofisiales, muy contentos,
con botines o con botas;
otros disen ser patotas;
otros llaman rasionales;
otros serán animales
o rejimiento de flotas.

Y también hay beteranos
y mucha jente en malisias;
mas los diesmos y primisias
se nos irán de las manos,
porque apenas ay marranos,
perros, gatos y ratones,
labradores y orejones.

III

Señor Redactor: sírvase Ud. incertar en su Correo la Despedida que inserto, que hizo en el puerto de la Guayra el Reberendo Padre Fray José [sic] Padilla, de la Orden de San Agustín, del Reyno de Santa Fee, cuando el tirano Morillo lo mandó desterrado al país de la barbarie, éste es el español.

Mi marcha está dispuesta, no hay remedio;
el tirano lo quiere, soy su presa;
y voy abandonar, dolor acervo,
de mi patria querida la ribera.

Adiós, rico terreno, fértil suelo,
donde vi con placer la luz primera.
Adiós, caros y amados compatriotas.
Cuán grande es mi pesar, cuánta mi pena,
el dejaros esclavos y arrastrando
de la cruel servidumbre las cadenas,
cuyo sonido hiriente, acá en mi pecho,
a lo más recóndito penetra.

El Tigre se arrojó sobre vosotros
y bárvaro sus garras ensangrienta
en los cuerpos de niños y mugeres,
que el caribe más cruel siempre respeta.

El ve correr la sangre y se complace,
sin saciar su barbarie, su fiereza;
él prepara suplicios, ruinas, incendios,
y la furia infernal en él se adiestra.

Inhumano, suspende tus crueldades;
no ataques de ese modo la inocencia;
mira que tu conducta y tu barbarie
harán perder al déspota su preza!!

Teme de Dios la mano vengadora...
Mas, no temas, Caribe, nada temas;
ejerce, sarraceno, tus crueldades;
muera el niño innocente, muera, muera,
y tu cobarde espada entre y destrose
el pecho femenino sin resistencia.

Rompe, codo inhumano, rompe, rompe,
el derecho de gentes y el de guerra.
Mancha, cruel, el altar del Dios Supremo,
pisa las leyes santas que desprecias:

la sangre consagrada que has vertido
 hasta el cielo levanta su querella,
 y el Dios omnipotente a quien insultas,
 enojado levanta ya su diestra,
 y en tí y en tu nación va a ser censible
 cuán justiciero es y cuánto pesa.

Amados compatriotas ¿que se ha hecho
 aquel noble entusiasmo, esa firmeza,
 con que, el año de diez, bravos rompistes
 de la cruel servidumbre las cadenas?

¿Dónde están los valientes que arrojaron
 tantas veces las bárbaras banderas?

¿Dónde la heroyicidad que temblar hizo
 del fiero despotismo la diadema?

¿Vuestros campos talados, vuestros pueblos
 en cenizas resueltos, no os altera?

¿La palpitante sangre de un hermano,
 la furibunda herida que penetra
 el inocente pecho de una esposa,
 de una hija, en quien brillaba la inocencia?

¿Los cadalsos, trofeos de los tiranos,
 anegados en sangre que aún se quejan,
 los cuerpos mutilados y horrorosos
 que en las calles y plazas se presentan,
 vuestro honor vulnerado, vuestros bienes
 trasladados a manos sarracenas,
 al insulto, al ultraje, al feo desprecio
 con que os miran, tratándoos como a bestias,
 no os estimula? ¿No exalta vuestra vilis?
 ¿No enardese la sangre en vuestras venas?
 ¿Olvidasteis, acaso, que soys hombres
 y que una alma inmortal siempre os alienta?
 ¿No os jurasteis al godo perpetuo odio,
 Morir o sostener la independencia?

A la obra, pues, hermanos, a la obra.
 Muera el godo tirano, muera, muera:
 sepan todos que el mundo americano
 sabe vengar valiente sus ofensas,
 y sabe rescatar con heroísmo
 su dulce libertad de esta manera.

Sonará por la faz de las naciones
de la parlera fama las trompetas,
elevando vuestros nombres memorables
hasta que los coloque con firmeza
en el templo inmortal a donde fijan
los éroes su eterna residencia.

No temáis a la muerte, que ella es dulce,
y debe preferirse a las cadenas.
Es morir un deber, si es que se muere,
por dar a sus hermanos la existencia,
por hacerlos felices, por librarlos
de un tirano, que quiere por la fuerza
hacer que el cuello a la coyunda doble
y que a un déspota cetro se someta.

A mí se me conduce, mis hermanos,
con crueldad inaudita y con violencia
al país español que yo detesto
más que del infierno las cabernas.

Se me arranca de mi cara Patria,
donde dejo mil amadas prendas,
entregadas al bárbaro caudillo,
al insulto, al ultraje, a la fiera,
del vandido inhumano que las tiene
sepultadas en la última miseria;
y con goda crueldad se me presisa
a que valla a existir entre esas fieras,
después de una prición de nueve meses
en que me han hecho andar más de mil leguas,
a pie lo más del tiempo, y arrastrando
una pesada y rígida cadena;
desnudo y muerto de hambre por los crueles
señores de mis bienes sin reserba.
Ni una muda tan sólo me dejaron
para cubrir mi cuerpo en mi indigencia;
sin más huzo en mis sacras facultades
que absolver las víctimas funestas
que fieros a millares degollaban,
como sangrientos lobos las obejas.

No se me ha presesado y aún ignoro
el crimen colosal que me condena.

En fin, sea como fuere, ya yo os dejo.
Adiós, una y mil veces, caras prendas;

adiós, idolatrados continentes;
 adiós, idolatrados compatriotas,
 con quienes fui feliz en mejor era:
 recibid este adiós, tal vez eterno,
 de un hermano constante que, por prueba
 de su amor y cariño, el corazón,
 el alma, su constancia, sus ideas,
 su pensar y su todo, en vuestros pechos,
 en depósito y guarda fiel os deja.

Fray JOSÉ PADILLA,
 de la Orden de San Agustín.

Con casualidad vino a mis manos esta sacra despedida, de este buen patriota y, pareciéndome digna de la atención del público, tube a bien dirigirla a Ud. para su publicación.

Caracas, y marzo, 28 de 1821.
 Un colombiano. (Hay una rúbrica).

IV

PIEZA POETICA SOBRE LA REVOLUCION DE LA PROVINCIA DE POPAYAN, COMPUESTA POR MARCELO Y DEDICADA A SU AMIGO FILENO

Cual de Augusto, Bolívar, tu clemencia
 asegura en la paz nuestra existencia.

Tres veces he intentado referirte
 una extraña visión, mi dulce amigo,
 y otras tantas mi mano vacilante
 ha soltado la pluma sin sentirlo.
 Tal es el cruel dolor que me acompaña,
 formando mi tormento de contino,
 y tal es la congoja y sobresalto
 de que me hallo hasta ahora poseído
 al contemplar en mi alma este suceso.
 ¡Que no pueda cantarlo el numen mío
 con aquella ternura que debiera
 al menos arrancar algún suspiro!
 Pero tú, ¡oh Musa!, que sencible cantas
 los horrores de Marte allá en el Pindo,

fol. 616 v.

de tu plectro me inspira el triste acento
que para tanta empresa necesito.
Escucha, pues, Fileno, y no te espantes,
ni tampoco imagines que deliro
al renovarte la funesta escena,
de la que fuistes ocultar testigo.
Sabrás que, penetrado de tristesa,
una tarde salí para el ejido,
por ver si contemplando otros objetos
distraerme lograba de mí mismo.
Engolfado en ideas desagradables,
me encaminé a las márgenes del río,
y recostado allí bajo la sombra
que se brindaba de un frondoso mirto,
como era natural, fijé la vista
en el campo que se halla fronterizo,
y, entonces, no pudiendo contenerme,
en mi silencio sin cesar repito:
campo de confución, campo de sangre,
teatro del execrable fratricidio,
jamás los hijos de Payán te miren
sino con el horror que te es debido,
por todas las edades venideras.
Cual los montes del Gelboé seas maldito;
pues eres un perpetuo monumento
del crimen más atroz que se habrá visto.
Que el sol no te fecunde con sus rayos,
ni el cielo te conceda su rocío,
y, en lugar de las plantas saludables,
se levanten los ásperos espinos.
No se escuche al travez de tu pradera
murmurar un arroyo cristalino,
pues que la horrible sequedad por siempre
para ti debe ser el distintivo.
De las aves no se oiga el dulce canto,
saludando a la aurora en tu recinto,
y los buhos y cornejas solamente
establezcan en ti su domicilio.
Los monstruos y las fieras te acompañen,
de baladros llenando tu circuito,
y las serpientes por doquier se crucen,
al aire penetrando con sus silvos.
Todas estas desdichas, todas juntas
deben permanecer, pues se ha teñido
con sangre fraternal tu duro suelo,

fol. 617 r.

colmando a nuestra patria de conflicto.
 ¡Quién tuviera un poder irresistible
 para arrancarte desde tu hondo quicio,
 y arrojarte hasta donde no pudieras
 tener nuestro orizonte enlutecido!
 ¿Pero estoy insensato, que me empeño
 en odiar este campo y maldecirlo,
 cuando los hombres ¡ay!, los hombres fueron
 que el crimen consumaron inaudito?
 Consérvate, cual te hallas, venturoso;
 pues contra ti mis quejas no dirijo:
 venganza, Ser eterno, cruel venganza;
 no dejes al malvado sin castigo.
 Así pasé las horas de repente
 en este soliloquio entretenido,
 hasta que se avanzó la negra noche,
 las tinieblas trayendo del abismo.
 Mi congoja creció sobremanera
 al verme en este solitario sitio,
 que quise abandonar en el instante,
 levantándome en pie despavorido.
 Mientras esto pasaba (¿podrás creerlo?),
 oí como a lo lejos un gemido,
 y deseando saber quién era el dueño,
 en pos de él con presteza me encamino;
 mas, apenas estuve en aquel campo,
 bien cerca del espeso bosquecillo,
 cuando escuché una voz amenazante,
 que en claras espresiones me previno:
 ¿quién eres tú, mortal, que así te atreves
 a turbar mi reposo? ¿Habrás venido
 a renovar la herida dolorosa,
 que peleando me dieron aquí mismo?
 ¿Aún si ha sido bastante la cruel muerte,
 que el honor me causó y el patriotismo,
 ni el hallarme privado (cosa estraña)
 del honor sepulcral de que era digno?
 Retírate al instante, si no quieres
 en estos prados habitar conmigo,
 pues tal pena merece el que pretende
 profanar de los manes el asilo.
 Al oír esta voz quedé pasmado,
 destilando mis miembros sudor frío,
 y mi lengua quedando adormecida,

fol. 618 r.

fol. 618 v.

me quitó la palabra de improviso.
 En esta situación por largo rato
 permanecí confuso y aturdido,
 y mis ojos bolviendo a la derecha,
 la triste sombra de Cedeño miró.
 ¡Ay de mí! ¡Cuál estaba aquel valiente
 en mil y mil combates distinguido,
 cuando pugnaba por salvar la Patria
 del sangriento furor del enemigo!
 Abatida su frente belicosa,
 y de sus cienes el laurel marchito:
 el corazón mostrando por la espalda,
 donde estaba cruelmente dividido.
 No pude contener mi tierno llanto,
 despidiendo primero un fuerte grito,
 al contemplar a ese héroe desgarrado
 por las manos feroces de asesinos.
 Pero si tal espectro me asombraba,
 causándome dolor y terrorismo,
 no puedo ponderarte hasta qué grado,
 aumentó mi sorpresa un sordo ruido,
 semejante al que forman las abejas
 cuando vuelan alegres en estío;
 y al punto conocí los otros manes
 que en el prado se hallaban esparcidos:
 allí estaba el hermoso Sirakoski,
 como blanca azucena entre los lirios,
 y luego por la herida formidable
 derramando sus rotos intestinos.
 ¡Ah! Cuántas veces burlarían la muerte,
 en los campos de honor mostrando el brío,
 y ahora yacen sin gloria, sin sepulcro,
 y sus nombres tal vez en el olvido!
 Salud, les dije a todos, héroes grandes,
 a quienes la cruel parca cortó el hilo
 en el día más funesto que Colombia
 en sus épocas nunca habrá tenido.
 Y volviendo a Cedeño la palabra,
 le repuse con ánimo tranquilo:
 a turbar yo no vengo tu reposo,
 defensor de Colombia esclarecido;
 ni tú debes pensar que tal intento
 se abrigará en el pecho de un amigo,
 que no tiene consuelo desde el día

fol. 619 r.

en que te arrebató tu cruel destino.
 A regar he venido tus cenizas
 con el suave licor del llanto mío;
 y a ver si de algún modo me es posible
 conceder a tus penas lenitivo.
 Supuesto, dijo entonces, que la causa
 que a estos tristes lugares te ha traído,
 no es otra que el tener alma sensible,
 pues eres de mis males compasivo,
 ningún otro consuelo podrás darme
 que pueda compararse al que te pido,
 y él es que me respondas con franqueza,
 sin que temas descubra tu sigilo:
 ¿qué progresos han hecho los facciosos
 desde el aciago día en que perecimos?
 ¿Adelantar lograron sus intentos,
 o por fin han pagado sus delitos?
 ¿El Padre de Colombia se conserva?
 ¿Se ha intentado algún otro parricidio?
 Y, por último, dime cuanto sepas,
 pues prometo escucharte complacido.
 Si sólo mi respuesta concideras,
 puede dar a tus males el alivio,
 le contesté, bien puedes olvidarlos,
 porque vas a encontrar el regocijo.
 Sabrás que, a pocos días de tu desgracia,
 ocupó la ciudad el enemigo,
 logrando retirarse la noche antes
 el coronel Mosquera con Murgueitío.
 También logró escaparse alguna tropa,
 pues que toda no pudo conseguirlo,
 y en la persecución que les hicieron
 sólo murió Salgar en el camino.
 Dueños ya de la plaza abandonada,
 de elementos de guerra bien provistos,
 sin perder un momento sólo tratan
 de arrastrar a todo hombre a su partido.
 Entonces la discordia se presenta,
 las manciones dejando del Cocito,
 y de la libertad el dulce nombre
 toma, por acertar sus crueles tiros.
 A Pasto se dirige con presteza,
 y allí sopla el incendio más activo.
 ¿Y cuándo en ese pueblo tumultuario,

fol. 619 v.

de lograr ha dejado sus designios?
 Mas, no puede abrazar el valle hermoso
 por donde corre el Cauca peregrino,
 porque sus habitantes, siempre fieles,
 como antes conservaron sus principios;
 y sólo Popayán, Pasto y Caloto,
 con los pueblos que están circunvecinos,
 de la facción siguieron la bandera,
 a fuerza de imposturas seducidos.
 Como soy imparcial, yo no pretendo
 en silencio pasar el heroísmo
 con que algunos sensatos arrojaron
 por sostener el orden los peligros.
 A excepción de estos pocos, todos,
 hacen por esta empresa sacrificios;
 tal es de libertad el entusiasmo,
 cual es de libertad el atractivo.
 ¿Libertad he nombrado? ¡Qué blasfemia!
 ¿Ecsistir ella pudo? ¡Qué delirio!
 ¿Será acaso posible que esta diosa
 Viva a la sombra de vandidos?
 Así engañaron a los pobres pueblos
 que gustaron bien pronto el despotismo;
 y, al Padre de la Patria desechando,
 a cien hijos espurios han sufrido.
 Peresca la facción entre nosotros,
 y viva el gran Bolívar por un siglo,
 porque es el predilecto de Colombia
 y porque él solo de mandar es digno.
 Perdóname, Cedeño, este transporte,
 Y me atiendas de nuevo te suplico,
 pues vuelvo a continuar la triste historia
 que cortada dejé sin advertirlo.
 Ya te he pintado la fatal discordia,
 convocando al horrible fratricidio.
 Así bien pueden contemplar sin duda
 armando hasta el humilde campesino.
 Un soldado formaron de cada hombre,
 fuera del eclesiástico y el niño,
 pues también los ancianos venerables
 bajo el fucil gimieron oprimidos.
 ¿Qué decirte podré de su gobierno,
 sino que era un oscuro laberinto,
 de donde no podían desenrredarse,

fol. 620 r.

fol. 620 v.

habiéndolo sus manos construído?
 Pero, llenos de vanas esperanzas,
 teniendo en Pasto su mejor asilo,
 del héroe exigen el poder dimita
 que toda la nación le ha concedido.
 Por lograr este fin ¡cuántas ficciones
 inventar diariamente! ¡Qué artificios!
 ¡Cuántos triunfos suponen de peruanos,
 a quienes ellos llaman sus amigos!
 ¡Insensatos! No miran vijilante
 al que mantiene de Colombia el brillo,
 que no podrá manchar nación alguna
 en tanto que este genio se halle vivo.
 No advierten que seis mil brabos guerreros
 con presteza admirable se han movido,
 en sus pechos llevando la venganza
 del honor nacional envilecido
 por la ingrata Perú; tampoco advierten
 que el héroe de Ayacucho, siempre invicto,
 es quien sostiene la gloriosa lucha
 al frente de un egército lucido.
 Llenos de orgullo, como siempre, tratan
 de llevar adelante sus caprichos,
 aunque miran llegar a las fronteras
 al hijo de Belona más querido,
 dirijiendo la fuerza de vanguardia,
 que pudiera ella sola destruirlos,
 si firmes sostubieran un momento
 la lid de que juzgaban eran dignos;
 pero cobardes sólo sacrifican
 a cuatro que venían a descubrirlos;
 y el campo dejan vergonzosamente
 llenos de confución, despavoridos.
 Contestaron entonces las riveras
 deliciosas del Cauca cristalino
 a la voz que mandaban los cornetas,
 modulando los tonos del hechizo,
 y las ninfas alsando las cabezas
 a la par entonaron suaves himnos,
 saludando al guerrero que llegaba
 por la misma Victoria conducido.
 ¿Cómo podré pintarte aquellas tropas,
 organizadas cuales no se han visto,
 y por mirar atento su pasaje

fol. 621 r.

fol. 621 v.

reprimió su corriente el manso río?
 De Vargas, Granaderos, Carabobo,
 y de dos escuadrones muy lucidos,
 se compone la fuerza que persigue
 brindando a los facciosos esterminio.
 ¡Qué uniformes se mueven en la marcha!
 ¡Qué bien disciplinados y vestidos!
 ¡Qué música tan suave! ¡Cómo mueve
 las pasiones pintándolas al vivo!
 ¡De qué placer se inundan nuestros pechos
 al bolver a estrechar nuestros amigos!
 ¡Qué vivas a Colombia y a Bolívar,
 que preside por suerte sus destinos!
 Buelve el reposo desde aquel instante,
 pues el orden se ve restablecido,
 huyendo la facción de entre nosotros,
 sin que de ella quedaren los vestigios.
 Nuestra dicha subió de todo punto
 el día en que felices recibimos
 al gran Libertador en nuestro seno,
 trayéndonos la paz y el regocijo.
 ¡Qué robusto! ¡Qué amable se presenta
 a librar la nación de los peligros,
 no creyendo cumplir con sus deberes
 si a la campaña no marchaba él mismo!
 Sólo trata de amar los colombianos,
 de atraerlos a todos, y reunirlos;
 porque un alma sencible no permite
 que se hallen por más tiempo divididos,
 pero ya me distraigo demaciado,
 ya los facciosos abrigarse miro,
 contándose seguros de la muerte,
 del raudaloso Juanambú en el risco.
 Allí pretenden sostener la empresa,
 detrás de sus trincheras escondidos!
 Allí es que piensan destrosar las tropas
 que a Sucre llevan poderoso auxilio.
 ¡Miserables! ¡Qué pronto se olvidaron
 de las veces que allí fueron vencidos
 por las tropas gloriosas de la patria,
 sin que pudieran resistir su brío!
 Allí triunfantes, como siempre, ahora
 castigados dejaran sus delitos,
 si el virtuoso Bolívar intentara

fol. 622 r.

ceñir su frente con laurel marchito;
 mas no es tirano, como dicen ellos,
 sino el padre más tierno y compasivo,
 que no quiere vengar sangre con sangre,
 a la patria privando de sus hijos.
 Movido de este fin, él les envía
 de la agradable paz a tres ministros
 para que les ofrezcan de su parte
 de tanto crimen un perpetuo olvido.
 fol. 622 v. ¡Cuánto sudaron esos grandes hombres
 por hacer que bolvieran en su juicio,
 para librarlos de la dura suerte
 a que los arrastraba el desvarío!
 Pero al fin conocieron su locura,
 y, temiendo el horror del cruel suplicio,
 ellos ceden gustosos, y reciben
 al héroe más ilustre de este siglo.
 ¡Qué gracias les concede! ¡Con qué honores
 de la facción distingue a los caudillos!
 ¡Cómo reparte asensos militares
 a los que eran poco antes enemigos!
 ¿Asensos militares? No es posible,
 Cedeño me interrumpe enfurecido
 y dándose palmadas en la frente.
 No es posible, me dice, tal delirio.
 ¿Era ésta acaso la venganza justa
 que aguardábamos todos del delito?
 ¿Así queda burlada nuestra sangre,
 y el pérfido faccioso engrandecido?
 ¿Pues qué? ¿Habremos sido criminales
 los que por sostenerlo fallecimos?
 De ningún modo, contesté en voz alta,
 Para calmar de todos el bullicio
 Con que aplaudían la furia de Cedeño.
 De ningún modo, vuelvo a repetirlo,
 fol. 623 r. tendrán jamás los buenos colombianos
 por crimen lo que fue grande heroísmo;
 y, antes, por todos ellos elogiada
 será tanta virtud, como es debido.
 Y si el LIBERTADOR a los facciosos
 concedió los honores que te he dicho,
 fue por mostrarles que en su noble pecho
 un corazón se abriga muy benigno.
 También porque deceaba con presteza

fol. 623 v.

pasar con el ejército hasta Quito,
 pues se hallaba ignorante de la suerte
 que las tropas del sur habían sufrido.
 Ambos eran motivos poderosos
 para no detenerse pensativo
 en tramar una guerra tan funesta.
 Dejando así los ánimos tranquilos
 y sin perder un hombre de este modo,
 logrando conservar todo el auxilio
 que contra los peruanos dirigía,
 ha demostrado su admirable tino.
 Pasados pocos días de este suceso,
 la noticia plausible recibimos
 de haberse felizmente la contienda
 entre el Perú y Colombia transijido,
 a consecuencia de gloriosos triunfos
 en que el audaz peruano fue abatido.
 Hallándose las huestes vencedoras,
 de Sucre y Flores bajo los auspicios,
 si un poco más se obstinan los facciosos,
 ¿cuál de Pasto la suerte hubiese sido?
 El furor y el espanto habrían volado
 a la parte de la muerte en su circuito;
 pero la dulce paz, hija del cielo,
 a todos nos abraza con cariño;
 y todos disfrutamos juntamente
 de la tranquilidad y el regocijo.
 Colombia se mantiene majestuosa;
 el héroe que la rije se halla vivo;
 la facción ha doblado su cabeza.
 ¿Qué más quiere saber mi caro amigo?
 Sólo resta te diga que tu nombre
 y de los otros estarán escritos
 en blanco mármol, y que tus cenizas
 serán tratadas con honores dignos.
 Y, habiendo satisfecho tus preguntas,
 como tú lo deseabas, me retiro
 antes de que me oculte en el ocaso
 la hermosa luna su luciente disco.
 ¿Qué dices tú, Fileno, de esta historia,
 triste sueño, visión, fugaz delirio?
 Como quieras llamarla, poco importa
 con tal que me respondas si he mentado.